



Boletín Electrónico de la Biblioteca EOL Rosario

Año 4. Número 9 – Octubre / Noviembre de 2006

Sumario

- * Editorial.
Por María del Carmen Arias.
- * CICLO DE CINE-DEBATE “Los laberintos del amor”
- * Sobre un *film* de *Wong Kar-Wai*: **2046, Los secretos del amor.**
Por Cármen González Táboas
- * Los cines de mi vida (*segunda parte*).
Por José Mario Bonacci.
- * Recordando a Marguerite Duras.
Por Virginia Thedy

Editorial

Por **María del Carmen Arias**

Este número ofrece al lector una feliz coincidencia ya que hemos recibido tres artículos que tratan dos cuestiones: el *cine* y el *amor* sin dejar de estar presente el psicoanálisis.

La coincidencia a la que me refiero, es que la temática de los artículos se enlaza con la segunda etapa de nuestro ciclo de cine que hemos titulado “los laberintos del amor”. En el apartado agenda se puede encontrar una reseña de cada uno de los films elegidos.

Agradezco a Carmen Gonzalez Táboas su trabajo sobre un film de Won Kar-Wai que nos conecta con el cine oriental y un director que reconoce la influencia de Troufaut, Fassbinder y Antonioni.

El arte oriental tiene un tratamiento especial del vacío, del agujero y la autora destaca como en dos films consecutivos de este director, “Con ánimo de amar” y “2046” el protagonista es un agujero donde se murmuran secretos. El agujero es lo que habita en todo amor humano y hay diferentes maneras de arreglárselas con eso.

Desencuentros, sufrimientos, imposibilidad, muestran un poderoso deseo de amar que resulta muy doloroso no llegando a hacer lazo con lo hétero, con lo diferente del otro sexo.

El artículo finaliza con la propuesta que en lugar de tapan el agujero es preferible inventar alguna buena manera de arreglárselas con él.

El segundo artículo es una contribución de Virginia Thedy recordando a Marguerite Duras, alguien que en las cuestiones del amor resulta un referente.

Cómo no aludir entonces a la historia de amor que tiene esta mujer a los sesenta años con un joven de veinticinco y las particularidades de la misma. En este caso es él quien decide transformarla en una obra literaria bajo el título “Ese amor”.

La literatura y el cine como manifestaciones de su arte, permiten ver a una Marguerite Duras tratando de cernir lo indecible del goce de la mujer y como dice Lacan: “MD evidencia saber sin mí lo que yo enseño”.

Nuevamente el arquitecto Mario Bonacchi se hace presente con la segunda parte de su escrito “Los cines de mi vida”, verdadero testimonio de su pasión por el cine.

Asistimos a un recorrido que muestra un paisaje local, donde no deja de estar presente una Rosario que según lo recuerda su autor, llegó a tener sesenta y dos salas de exhibición de cine.

Solo me resta agradecer estas tres contribuciones que valen la pena ser leídas resultando un valioso aporte para el debate que tendremos oportunidad de realizar en torno a: “los laberintos del amor”.

INVITACIÓN

Todo aquel que desee participar con un escrito, propuesta, novedad o inquietud hágalo saber a: emearias@hotmail.com / eolrosario@arnet.com.ar

CICLO DE CINE-DEBATE “Los laberintos del amor”

Viernes 6 de octubre, 19.30 hs.

CAUTIVOS DEL AMOR

Un film de Bernardo Bertolucci

Viernes 13 de octubre, 19.30 hs.

EL GUSTO DE LOS OTROS

Un film de Agnès Jaoui

Viernes 3 de noviembre, 19.30 hs.

LA DAMA DE HONOR

Un film de Claude Chabrol

Presenta: MARIA DEL CARMEN ARIAS

Invitado: LEANDRO ARTEAGA (realizador audiovisual)

Arancel: \$5.

Lugar: EOL Rosario. Jujuy 1610, Rosario

Email: eolrosario@arnet.com.ar **Web Site:** www.eolrosario.org.ar



Cautivos del amor

Cautivos del amor se impone con toda la diáfana belleza de sus imágenes para demostrar que el cine aún es capaz de mostrar estados de plenitud casi mística con imágenes que estén a esa altura. La película de Bertolucci renuncia en varios momentos a la palabra para dedicarse a filmar la sensualidad de dos cuerpos que se desean y que gozan, incluso hasta el dolor, por ese deseo. Hay un cuidado formal en toda la construcción narrativa que abruma por su perfección y sorprende por el poder de una cámara que es capaz de ver todo mostrando muy poco. Las elecciones estéticas de la película tienden a crear una sensación de aparente espontaneidad, aunque es evidente que detrás hay una planificación rigurosa de la puesta en escena. Esta paradoja, negando todas las intenciones frívolas que podrían suponerse de esta búsqueda artificial de naturalidad, provoca una extraña mezcla de gravedad con ligereza.

Cautivos del amor es una película que bordea elegantemente la ingenuidad de una típica historia romántica, pero se eleva por la fuerza de la belleza hasta lograr que uno sienta que está asistiendo a algo poderoso pero indescriptible. Esta imposibilidad de traducir en palabras lo que ocurre entre estos dos personajes, sin poder evitar así reducir todo a una pequeña historia banal y algo curiosa, es un gran triunfo del cine.

Ficha técnica:

Título original: *Besieged*, Italia, 1998. Dirección: Bernardo Bertolucci. Producción: Massimo Cortesi. Guión: Bernardo Bertolucci y Clare Peploe, basado en "The Siege" de James Lasdun. Protagonistas: Thandie Newton, David Thewlis.



La dama de honor

Philippe (Benoît Magimel), de 25 años, es un chico normal, atractivo, que vive con su madre y dos hermanas más pequeñas en un barrio tranquilo de las afueras y que acaba de empezar a trabajar con un contratista inmobiliario. En la boda de su hermana, se siente atraído por su dama de honor, Senta (Laura Smet), se trata de un amor a primera vista, pero Senta no ama como los demás. Su pasión envuelve y consume a Philippe. Más tarde ella hace una propuesta como prueba de su amor mutuo...

Ficha técnica: *La Demoiselle D'Honneur*. Francia - Alemania, 2004. Dirección: Claude Chabrol. Guión: Claude Chabrol, Pierre Leccia. Protagonistas: Benoît Magimel, Laura Smet, Aurore Clément, Bernard Le Coq, Solène Bouton, Anna Mihalcea.



El gusto de los otros

El empresario Castella (Jean-Pierre Bacri) acompaña a regañadientes a su esposa a ver una obra de teatro, y es ahí donde el hombre quedara enamorado de Clara (Anne Alvaro), una actriz cuarentona a quien poco le importa el hombre por considerarlo simple y superficial, mientras ella es una "artista"; Castellan hará hasta lo imposible por llamar su atención y así lograr su amor.

Esta es la premisa de "El Gusto de los Otros", cinta galardonada con el César, nominada al Oscar como Mejor Película Extranjera y un éxito de taquilla en Francia.

"El Gusto de los Otros" es una de esas típicas comedias francesas que se pasean por el dramatismo y el romanticismo, mostrándonos por medio de situaciones reconocibles los gustos y diferencias individuales que nos distinguen de los demás seres humanos.

Ficha técnica: *Le Gout des Autres*, Francia, 2000. Dirección: Agnès Jaoui. Producción: Charles Gassot. Guión: Agnès Jaoui y Jean Pierre Bacri. Protagonistas: Anne Alvaro, Agnès Joui, Jean Pierre Bacri, Gerard Lanvin, Alaint Chabat.

*Sobre un film de Wong Kar-Wai: 2046, Los secretos del amor**

Por Carmen González Táboas

Había visto *Felices juntos*, y sin averiguar más pensé que se veía ahí un gran director.

No había visto *Con ánimo de amar* –un film anterior en tres años al que hoy comento y que resultó ser el núcleo mismo de *2046* que se abre, multiplica las imágenes como en un caleidoscopio, agitando lo que del amor heterosexual se tramaba. El protagonista de ambas es el agujero donde se murmuran los secretos que no se desea compartir, es decir, las estelas de un amor perdido que se querría guardar y eternizar en la memoria.



Pero hay otra clave secreta en esta película: ese amor de Wong Kar-wai que se llama Hong Kong, la pujante isla china cuyas lenguas son el cantonés y el inglés, durante cien años anexada al Imperio británico. Ahora bien: Hong Kong ha sido devuelta a China bajo condiciones que la eximen de someterse al régimen comunista, al que deberá anexarse de manera definitiva en 2047. ¿Cómo detener el tiempo en 2046?

No es anecdótico que Wong se vuelva hacia los años sesenta; tiempos en los que, mientras la vida de la isla participaba de los cambios vertiginosos de Occidente, la China de Mao salía de su peor hambruna (1959/61) y se sofocaba en la terrible “revolución cultural”.

Es la Hong Kong, abierta a los aires juveniles de la otra revolución cultural donde surgía el estructuralismo, la liberación social y sexual ampliaba el espacio de lo público, se extremaba el rechazo violento a las ataduras impuestas, se arrasaban ideales antiguos y mutaban los lazos familiares tradicionales. Tiempos en los que llegaban a la isla, con los músicos filipinos, grandes bocanadas de música latinoamericana; la ópera ya formaba parte de su vida cultural. Fueron años agitados y sin embargo dorados.

El director trabajó durante cinco años en filmar *2046*. La crítica, subyugada por *Con ánimo de amar*, una historia de amor construida con profundidad, ha visto en *2046* una segunda parte donde el amor se resuelve en cierto cinismo decadente, y la imagen se vuelve publicitaria. Sería mejor escuchar a WKW, quien ha dicho que no hay nada nuevo o moderno en su cine, sino influencias a las que no piensa renunciar: Troufaut, Fassbinder y Antonioni. Es bien evidente que su mirada aún es anterior a la propagación de las consecuencias de lo que nacía como posmodernidad. Hoy se puede reducir la atracción por el ser amado a la acción de tres neurotransmisores y escanear un cerebro que mira una foto erótica de su interés para obtener de ello un “saber científico” sobre el sexo.

Empecemos por poner ante nosotros la frase supuestamente obvia del Sr.Chow: “el amor es cuestión de coordinación; de nada vale encontrar a la persona adecuada si no es el momento oportuno”. Todo el secreto de la frase –que pronuncia con ese aire de hombre experimentado que sabe de qué habla– es que ese *momento oportuno* a él se le escapa una y otra vez.

El amor es para el psicoanálisis una cuestión esencial, pero precisamente porque lo descubre subtendido por una lógica, una lógica que no es la lógica proposicional que manejamos en la vida despierta, donde necesariamente creemos en el principio de no contradicción y en el principio de identidad. En la vida amorosa resulta desmentido que toda cosa sea idéntica a sí misma, o que una cosa no pueda ser a la vez eso y lo contrario; la vida amorosa no desconoce el absurdo, la paradoja, la contradicción, y otras rarezas que irrumpen y se instalan antes y a pesar de los esfuerzos del pensamiento. El amor miente aún cuando dice la verdad.

Ahora bien, esta vez, en este caso particular, estamos frente al amor desdichado; los desencuentros se suceden. Desencuentros en la vida de un hombre con varias mujeres cuyo misterio de trazas orientales se refleja en peinados, vestidos, brillos, y joyas y ondula entre paredes ruinosas y hoteles de segunda; mujeres muy diferentes a las otras mujeres, disponibles sin misterio para los arrebatos del deseo sexual. Desencuentro de una mujer –“a veces gentil y obediente, pero solo a veces”– enamorada del hombre que se rehusará a su amor, un hombre que cree que para el amor no hay sustitutivos –pero tampoco “otro” amor nuevo– y para quien “el pasado es algo que se ve pero no se puede tocar, y todo lo que se ve es borroso y confuso”; igualmente lo prefiere...

Ellas sufren, él sufre. La pasión romántica los envuelve. El azar, la buena o la mala fortuna parece tenerlos en sus manos; el amor y todo lo que puede haber de perturbador en los desencuentros, las esperas, los celos, las traiciones, las decepciones, los destiempos; un padre que retiene, la hija dividida entre el amor al padre y un amor fiel que finalmente –gracias a Chow- obtiene su oportunidad, pese a que los chinos no quieren a los japoneses que invadieron China en 1937.

S. Freud pudo ampliar la razón ilustrada al abrir el capítulo de la lógica de las pasiones románticas. En realidad en esto se funda la asimetría que el dispositivo analítico introduce entre analista y analizante. Quiere decir que el analista, para operar como tal, no puede ser un inocente; habrá atravesado antes como analizante el umbral que lo separa de las obviedades –refinadas o folletinescas- que se entretajan en el discurso amoroso, de manera que pueda ofrecer las vías para que aparezca la lógica particular que subyace en cada caso a los tormentos del amor.

Sin duda, se trata de la lógica del síntoma, el cual, como decía Freud, tiene doble cara; su cara de sufrimiento encubre su cara de satisfacción. Satisfacción oscura, de la que la práctica analítica testimonia y que explica que haya quienes están bien en el mal.



J. Lacan ha profundizado la cuestión del amor. El amor, dice, es la “resonancia de un decir en el cuerpo”. Dicho simplemente, el amor no es sin eso con lo que cada uno invierte al otro, no es sin lo que imagina del otro, sin lo que cree que desde el otro le viene al encuentro para colmarlo. De modo que en el amor nunca somos dos. “Amo en ti más que a ti”. Veta insospechada de la cual surgen todas las viscosidades y los equívocos de la vida amorosa. Por eso dije antes que el amor, aún cuando dice la verdad, miente. De ahí el axioma de Lacan “no hay relación proporción sexual”; hay, de diversas maneras, desencuentro. Sólo que hay diferentes maneras –mejores y peores- de arreglárselas con eso. Veamos qué sucede en *2046*.

Aparece la contingencia del amor y, también, se deja ver cómo, por debajo de esa extrema contingencia, está lo que nada tiene de contingente. Es el secreto que se deposita en el agujero al final de *Con ánimo de amar*, agujero con el que comienza y termina *2046*, donde el Sr. Chow persigue en vano un antiguo amor y no cesa de perderlo una y otra vez, en un inútil y vano volver a encontrar que es nuevamente un desencuentro. *Cabe preguntar si hay alguna mujer a la que Chow haya amado alguna vez* salvo –como él mismo lo dice en una broma falsamente inocente- a su mamá. Pero si algo de verdad hay en esa humorada, se trataría más bien del *deseo ser amado o del hacerse amar*, fórmula neurótica del amor insatisfecho. Finalmente nunca es ella. Nunca es él. O ella lo deja a él. O él no la amaba a ella. O justo se ama a la mujer o al hombre imposible. No habrá olvido; el deseo de amar –núcleo de *2046*- es un estado de anhelo, incluso muy doloroso, pero, entretanto, nada de sí irá a implicarse realmente para construir un lazo –siempre difícil- con lo *hetero*, con lo diferente del otro.

Una cámara capaz de hacer hablar a cada detalle mínimo; palabras y gestos administrados con exquisito cuidado; estos chinos occidentalizados enredados en las cosas del amor y afectados en cada fibra de su sensibilidad; todo contribuye a que el amor *se vea*. En el film, el amor *aparece* atrapado en el tiempo recónditamente íntimo que la cámara fabrica. Unas cartas. Un susurro. Una oscuridad. Una música, como el tropicalísimo “quizás, quizás, quizás...” sin esperanza, o la cubana *Siboney* o la *Casta Diva* de la *Norma* de Bellini. Cada cosa revela cómo el amor se entretaja en la existencia de él y de ellas tomados en el atractivo todavía universal del amor, pero que en este caso arrastra el lastre de los *para siempre y nunca jamás*, encarnados en el infinito vacío del viaje de vuelta –“excepto yo, nadie volvió” dice Chow.

Estamos ante las infinitas cosas que se quieren atrapar en un número, como para tapar apenas con un poco de barro el ineludible agujero que habita en todo amor humano. Sería preferible inventar alguna buena manera de arreglárselas con él.

Los cines de mi vida (segunda parte)

Por **José Mario Bonacci***

No debo ni puedo olvidar en los caminos de la vida, ciertos recuerdos nacidos en aquel caldero henchido de imágenes y fantasías que fue el cine familiar en mi pueblo natal. El norte tórrido perdido en el monte chaco-santafecino, fue para mí un verdadero maestro universal. Allí aprendí todo lo que con los años desarrollé luego con ahínco en esta ciudad que me recibió como a un hijo más.



El Cine Verense era el campo en donde se podían librar todas las batallas, llorar a mares, o desternillarse de risa ante las ocurrencias de Sandrini, de Niní Marshall, o de Olinda Bozán, sin olvidar a Pepe Arias, contrapuestos a Carlitos, a las aventuras de Abot y Costello, a Laurel y Hardy y por qué no, reír hasta enloquecer con las locuras de Buster Keaton el hombre que por contrato estricto de sus productores, no pudo reír jamás frente a una cámara o ante la gente caminando por la ciudad. Para producir dinero en cantidad, su alegría estaba prohibida. . .

Papá se preocupaba por contratar programas para toda la familia que concurría sin que faltaran mi abuela Margarita, tías y tíos y sobre todo los primos con quienes organizábamos diabluras en los intervalos amenizados por algún tango de Biagi, D'Arienzo, Canaro o De Angelis, brindados por viejos discos de pasta. No puedo olvidar que antes de ir al cine, se cumplía con el rito de la cena familiar y a la vez gozar por Radio El Mundo del Glostora Tango Club para luego emocionarse con quienes ofrecían la ilusión de un hogar y una familia modelos, como lo eran Los Pérez García. . . De vez en cuando Papá me tenía entre sus piernas junto a la radio, para atender el informativo de las 21.00 hs. y allí comencé a entender algo sobre la maldad de los hombres cuando ya no retenía la curiosidad y le preguntaba sobre lo que oía. . . . Papá. . . ¿Qué es la guerra?

El tenía amor por todo lo técnico. Se apasionaba con los aviones y así fue como fundó

el Aero Club Vera, que prestaba un simple servicio a quien lo necesitara valiéndose de un Piper Cub biplaza, al que se protegía bajo una especie de ranchito en forma de "T" empujándolo marcha atrás y luego fijado con cuerdas o sogas amarradas a estacas. Viajaba seguido a Santa Fe y de allí trajo, después de la guerra, el primer tubo fluorescente para Vera. Lo instaló en la galería de mi casa y a mí me ilusionaba pensar que estaba en el Palacio de la Luz de una gran ciudad. Así fue como para intensificar la publicidad decidió algo notable para el cine. A cien metros de casa y sobre la calle principal del pueblo, aparecieron tablonés, cadenas, cables y lucen un terreno de esquina con tapial. Se construyó una base de madera de unos cuatro metros por dos, elevado a unos metros del suelo a través de cadenas y roldanas que lo sostenían en el espacio con ayuda de dos columnas. Sobre él se fijaban los afiches de películas a exhibir, y el conjunto se destacaba con un rectángulo de luces perimetrales. En el paseo de los domingos, la gente se paraba a mirarlo extasiada, alimentando ilusiones de pueblo chico. . . Para mí era el equivalente a Picadilly Circus de Londres, o calle Broadway de Nueva York, sin saber que algún día sería arquitecto. Otra de sus ideas fue armar un cine al aire libre en el patio longitudinal que había en el Verense. Años después, lágrimas brotaron en mis ojos cuando vi la escena en "Cinema Paradiso", con el pueblo sentado bajo las estrellas ante la pantalla iluminada a orillas del mar. No era el mismo paisaje, pero para mí, en ese momento, yo estaba viendo renacer al Verense.

Un día llegó la decisión de mudar a la familia. El 26 de julio de 1949, llegamos a Rosario llenos de ilusiones, confiando en una vida nueva, y como símbolo de anhelo por encontrar el arraigo necesario, en el 52 nació Rubencito, único hermano ajeno al ambiente del monte, de las calles de tierra, de la lentitud norteña, y del Verense, que sólo siguieron vivos en mis recuerdos.

Pero en esta ciudad que aprendí a amar y a descubrir sin desmayos, el cine también me esperaba con sus puertas abiertas. Fueron para mí más que puertas, brazos que abrazándome se dispusieron a hacerme feliz. Si Vera me deslumbraba con sus dos cines, Rosario incentivó mis fantasías. Eran sesenta y dos salas que en aquel entonces ofrecían opciones. Comencé a descubrirlos en mi barrio que giraba alrededor de San San Martín y Ayolas. Allí estaban el América y el Astoria que en algún momento me dió la alegría inmensa de dejar la pantalla por un rato. Con algunos amigos vimos bailar en persona, nada menos que a la cubana Blanquita Amaro. Nos había enamorado cantando "Azuquita con leche" ante los 5 Grandes del Buen Humor en el film nacional "Cinco grandes y una chica". . . ¿En qué galaxia andarán volando el flaco Cambón, Zelmar Gueñol y el Pato Carret? ¿Qué estarán haciendo emocionados en alguna esquina porteña Guillermo Rico y el entrañable

Jorge Luz que han quedado solos? En un entorno de unas diez cuerdas a la redonda, también teníamos al Rosario, al Tiro Suizo, al Embasador. . . En el centro los preferidos eran el Belgrano para tiros, cañonazos y trompadas, y en los inigualables 60, el centro con- taba con el Odeón, el Astral, el Radar, el Monumental el Empire y el Imperial. . .

Hoy siguen siendo los del centro mis preferidos. Recuerdo cuando la familia se trajeaba solemnemente y acudían en masa desde el abuelo hasta el nieto y no hacían ruido con la bolsa de pochoclo en los momentos álgidos de la historia. Después el día se completaba con el inseparable paseo por calle Córdoba, usada como peatonal. . .

Nunca comprendí a la gente que confiesa sin sonrojarse que el cine no le gusta, que hace treinta años ha concurrido por última vez, que no le interesan las películas. . . Pobres. . . Cuanto han perdido. . . Qué desarraigo con el reino de la imaginación ilusionada, con la oportunidad de meditar, de comparar y de analizar aspectos de la vida. . .

Era el cine, el que ocupaba mis estadías de pequeño en Santa Fe. Mi abuelo paterno también tenía un cine que a su vez sub-alquilaba y estaba compartiendo medianera con la casa familiar. Con Marta y Pocho, mis primos menores, éramos muy chicos, pero nos deslumbraba entrar a la sala en penumbras y mirar escenas que por supuesto no entendíamos en absoluto. Después, salir a las generosas veredas de la calle Urquiza, nos permitía compartir caramelos ofrecidos por la tía Nena, una muñeca en aquel entonces de veinte años, a quien yo veía como una diosa rubia, hermosa y querible.

De su mano, veía pasar los tranvías que me deslumbraban y me permitían llevar a Vera los boletos multicolores para mostrárselos a chicos que nunca habían estado en Santa Fe. Presintiendo inconscientemente a la Arquitectura, me imponía con mis berrinches llorosos y papá tenía que llevarme a ver el Puente Colgante, dejándome solo dos metros más adelante. Entonces, cruzaba mis brazos detrás de mi cuerpo y lo miraba en silencio con mis cinco años recién cumplidos. . . Y es evidente que eso, de alguna manera ayudó a conformar mi presente. Un interesado fanático en todo lo que sea el mundo de la creación, de la imaginación, y del goce estético. . .

Pero he abusado de la gentileza de los amigos que conducen EOL. Si por mí fuera llenaría varias páginas más con estampas de la infancia.

Mejor me planto aquí, seguro de que la mente me guiará volando en un cielo de recuerdos, del que sólo podrá alejarme la muerte. . .

*Arquitecto. Contacto: bonaprin@ciudad.com.ar

Recordando a Marguerite Duras

Por Virginia Thedy

“**Ese Amor**” es el título del libro escrito por Yann Andréa y publicado por Tusquets. En esas páginas narra la historia de su relación con M. Duras.

El relato comienza con estas palabras: “*Quisiera hablar de eso: de esos dieciséis años transcurridos entre el verano de 1980 y el 3 de Marzo de 1996. De esos años vividos con ella*”.

La relación entre Duras y Andréa comenzó cuando él, por entonces un joven estudiante de filosofía en Caen (Francia), leyó “Los Caballitos de Tarquinia”.

En 1975 en Caen se proyecta **Indian Song** película escrita y dirigida por M.Duras, Yann asiste a la proyección y empieza a enviar cartas a la escritora, durante cinco años, no obteniendo respuesta. Es en 1980 que Duras le responde “*Venga a Trouville, no está lejos de Caen, tomamos una copa juntos*”.

Desde ese momento vivieron una relación que se desnuda en *Ese Amor*, historia de amor entre aquella mujer de sesenta años y el joven de veinticinco, un encuentro violento, sensual, fecundo.



Ese Amor tuvo desde el principio un tercero, la escritura. Pero Yann Andréa no sabe si ama a Duras o si ama a la literatura de la autora. Ella le pregunta: *Si no fuese Duras, ¿Usted me amaría? ¿Es Duras a quien quiere o a lo que ella escribe?*, él no le contesta.

Invito al lector a acercarse a este libro y encontrar su propia respuesta.

Yann fue su esclavo complaciente e incondicional. A veces Duras lo insultaba, lo echaba. Él, por su parte, no podía irse estaba fascinado. No podía dejarla, siempre volvía y ella se inquietaba esperando el regreso.

De este libro surge otro rostro de Duras: una mujer tiránica, absorbente, inteligente, pero también desprotegida, entregada en cuerpo y alma a su obra: la escritura.

En el ensayo “Escribir” confiesa: *“Escribir es lo único que llenaba mi vida y la hechizaba. La escritura nunca me ha abandonado”*

“Lacan me dejó estupefacta. Y su frase “No debe de saber que ha escrito lo que ha escrito. Porque se perdería y significaría la catástrofe”. Para mí esa frase se convirtió en una especie de identidad. De un “derecho a decir”

Marguerite y el Cine

“Hago cine para entretener el tiempo” declarará M.Duras. Se trata de un cine en donde las voces toman cuerpo de la escritura. *Indian Song*, *Hiroshima Mon Amour*, son algunos de sus títulos más reconocidos. Yann Andrea cuenta de otros films de Duras.

En 1980 rueda *Agatha*, la historia de amor entre hermanos. La película se filma en Trouville. La voz *en off* es la de Duras y la del hermano es la de Yann. Luego viene *L’homme Atlantique*. Se trata de una película de cincuenta minutos, completamente negra. Oímos su voz, sólo su voz, la de Duras. La película se proyecta en un cine de Paris. Ella dice: *es lo más hermoso que he escrito. Es mi mejor película. El hombre del atlántico es Yann”*.

Las voces *en off* en sus films, es un elemento siempre presente, ella dirá *“lo que intento dar es lo que oigo cuando escribo”*.

La voz y la mirada objetos que ella privilegia en lo que escribe o filma, modos de acercarse y cernir lo indecible del goce de la mujer.

Los artistas siempre preceden al analista. Como Lacan dice en su *“Homenaje a Marguerite Duras”*: *“M. D. evidencia saber sin mí, lo que yo enseño”*

El 3 de marzo de 1996, muere Marguerite Duras en su departamento de la calle Saint-Benoît, día domingo a las 8 de la mañana.

Hace ya diez años, vale la pena recordarla.



© Les Éditions de Minuit

Escritorio de Marguerite Duras. Trouville. 1992

STAFF

Responsable de la publicación

María del Carmen Arias

Comisión

María Marciani

Liliana Bernacchia

Adrián Secondo

Susana Colabianchi